



## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

PROF. ERNESTO M. ROLOF

Fué consejero del gobierno de Berlín y editor del "Diccionario Pedagógico" (cinco tomos, 1812-1917). De sus obras debemos mencionar además "El Egipto antiguo y moderno", "En dos mundos" (memorias de su vida), "En la tierra de la Biblia", "Egipto desde la dominación romana hasta nuestros días". Fué también coeditor del "Diccionario de la conversación" (nueve tomos, Herder, 1903-1910).

Al echar hoy, desde la salturas de mis casi sesenta y siete años, una mirada sobre mi evolución religiosa, descubro su célula inicial en el acontecimiento siguiente. Muy joven aún estudié, durante dos semestres la Teología de la secta evangélica en Leipzig. Durante este tiempo me fué dado entrar y salir, como niño en su propia casa, en la del Prof. Dr. Cristóbal Ernesto Luthardt, el sabio y autorizado jefe del Luteranismo ortodoxo de entonces. Por servirse de mí, honrándome con el empleo, en la redacción de su influyente "Diario general de la Iglesia evangélica-luterana", se me permitía a las veces asistir a las conversaciones que regularmente tenía con sus colegas, los mejores hebraístas de su tiempo, el Dr. Francisco Delitzsch, genial traductor del nuevo Testamento al hebreo, destinada a la conversión de los judíos, y el polifacético Dr. Gustavo Adolfo Fricke. En una de estas conversaciones, tratando sobre un tema teológico cuya determinación no nos importa al presente, se llegó a parar en la más ruda contrariedad de opiniones. Tomó entonces Luthardt de su librería un tomo muy usado, lo hojeó durante algunos instantes y leyó al fin una corta sentencia de Lutero. Al momento se apaciguaron las agitadas olas de la controversia y se logró la perfecta conformidad de pensamiento. En aquel instante me pasó por la cabeza el reparo: "¿De dónde recibió Lutero una tal autoridad, que a distancia de cuatrocientos años, una frase suya ejerce el mismo influjo que una sentencia de la Escritura?" Formular en mi mente esta cuestión y expresarla, en fuerza de mi carácter vivo, fué todo uno. Siguióse naturalmente una gran extrañeza, miradas represensivas y, finalmente una bromita paternalmente bondadosa de mi protector Luthardt. Con esto quedaba para los demás superada la embarazosa situación; para mí en cambio ella fué el punto de arranque de una manera enteramente nueva de pensar.

En las sabias conferencias de Luthardt, como en la ocasión citada, no encontré desgraciadamente ni una sola respuesta, a todas las candentes y angustiosas cuestiones que habían levantado en el fondo de mi espíritu, la dos vidas de Jesucristo de tendencia racionalista recientemente aparecidas, publicadas por Bernardo Weiss (1882) y Wilibaldo Beyschlag (1885).

Precisamente en aquellas semanas había sido llamado de Marburg a Berlín el gran revolucionario Adolfo Harnack, tras larga batalla de opiniones encontradas a la que puso fin un mandato del joven emperador. Desde su primera clase (fin de Octubre de 1888) no perdí ni una sola de sus explicaciones sin verdadera necesidad. Antítesis mayor que la existente entre Luthardt y Harnack apenas era dado imaginar. En aquel, un bondadoso, por no decir compasivo prescindir de toda objeción de pensadores contrarios; Harnack por el contrario era un novador de primera y peligrosa magnitud que todo lo sometía a severa crítica, sin prejuicios ni miramientos algunos. Caí, pues, sin remedio bajo su influencia y aun gocé de relaciones personales con él. Me encantaban sobre todo sus lecciones de Historia de los dogmas, y muy pronto leía su famosa obra "Manual de Historia de los Dogmas", cuyo tercer volumen apareció precisamente al fin de mis tres años de estancia en Berlín, con los ojos y sentimientos del racionalizante profesor de Teología en Estrasburgo, Enrique Holtzmann, estimándola como "la exposición, frecuentemente avasalladora y emocionante de lo sucedido, en el curso de un milenio, con el mundo de pensamiento neofestamentarios, desde su desembocadura

en la agitada corriente del helenismo popular".

Con todo, permaneció constantemente vivo en las profundidades de mi interior, un resto de aguda oposición a esta nueva tendencia. Mi mentalidad filosófica se resistía a aceptar la incomprendibilidad de toda verdad transcendente, y no acababa de quietarse y aceptar la idea de que toda especulación es un peligro, en la hipótesis de que nada determinado podemos afirmar ni de Dios ni de Cristo. No me satisfacía con ver en Jesucristo una grandeza del pasado, y en las verdades y realidades del Cristianismo no más que manifestaciones de la conciencia subjetiva o actos de la voluntad humana. Si el maestro de Harnack, Alberto Ritschl, prescindiendo finalmente de todo dogma, fundaba la Religión única y exclusivamente en su aspecto práctico de vida del espíritu humano, si del Cristianismo propiamente dicho solamente retenía "el fiel cumplimiento del deber que a cada uno incumba, santificado por la fe en la Providencia de Dios, que por sí mismo nos brinda el perdón de los pecados cometidos en nuestra ignorancia, sin la muerte satisfactoria de un mediador"; yo sabía ya entonces con toda seguridad que a mí, semejante sistema, a la larga, no me había de satisfacer. Se preludiaba en mí la lucha que en el año 1892 conmovió toda la publicidad: yo sentía ya en aquel tiempo en lo más íntimo de mí ser la contradicción entre la teología especulativa de Ritschl Harnack y la práctica de su vida tanto espiritual como docente. ¿Cómo me podía yo sentir ligado por el símbolo apostólico en mi actividad profesional, si el tal símbolo, en el sentir de aquellos profesores, no refleja la doctrina original de Jesucristo? ¿Cómo abrirme paso en este callejón sin salida? Retornar a Lutero me resultaba sencillamente imposible, puesto que en el correr de los años su autoridad se había ido desmoronando en mi estimación cada vez más. Recurrir a la Iglesia Católica, ni me pasaba por las mientes. Me fui, pues, hundiendo más y más profundamente en la negación, y hube de abandonar Berlín, la ciudad tan esperanzadamente buscada, con la persuasión de que, lejos de haberme facilitado la construcción doctrinal deseada, había lanzado a los cuatro vientos mis convicciones dogmáticas. ¡Funesta y amarga suerte!

Para dominar de alguna manera las dificultades que continuamente se iban agigantando ante mis ojos, había estudiado, junto con la Teología, la Filología clásica, combinación entonces fácil; y aun di el examen oficial de Filosofía poco tiempo después de la primera prueba teológica. Que los ministerios espirituales no eran para mí, me era manifiesto, atendida mi posición negativa respecto del dogma. Por esta razón me ofrecí en primer lugar y ejercí de profesor privado en casa de una distinguida familia de Neumark durante dos años y medio. Después, en las escuelas oficiales, por razón de mis estudios teológicos, me encargué de las clases de Religión y por cierto en todos los grados. Precisamente para estas clases me preparaba con especialísimo empeño; puesto que desde muy joven caí en la cuenta de que la clase de Religión se ha de dar con tal perfección, que los niños vean en estos estudios una especialidad atrayente, porque de lo contrario se educan generaciones en pugna con la Religión que acaban por arrinconar. Con estas miras señalé, para los alumnos más creditos de las clases superiores, especiales horas de conversación que ellos se mostraron solícitos en aprovechar. Por mi

parte les propuse tuviesen a bien manifestar, para que sirviesen de temas en la discusión, todas aquellas cuestiones que cada uno sintiese bullir en su espíritu. Desde mis años estudiantiles sabía yo las importantes posibilidades a que abría camino una tal manifestación. Pero con qué dificultades vine a tropezar andando el tiempo, precisamente con ocasión de semejantes clases. Lo hacían sin duda inconscientemente; pero parecé que adivinaban las necesidades de mi propio espíritu!

Estas continuaron calladamente su avance a través de todos estos años. Como granos de arena seca se me habían ido deslizando de entre las manos las verdades de la fe, hasta verme frente a una negación absoluta, escalofriante. Mi decadencia religiosa había ido tan lejos, que sólo una convicción religiosa conservaba firme: la insuperabilidad de la Filosofía moral del sermón del monte! Sumamente perjudicial me resultaba por lo demás el no acertar a comunicar con nadie el secreto de mi situación. Solamente mi madre que había vivido a mi lado durante cinco años, cuando yo era director de la escuela oficial de Lebus, sabía de mis tormentos y padecía conmigo como el amigo más fiel. Me quedé completamente solo con su muerte (Octubre 1896); que fué tan envidiable como lo pudiera ser la de una santa católica; se verificó en ella la sentencia de San Agustín de que muchos, viviendo aparentemente fuera de la Iglesia, pertenecen a ella y al revés. Las soluciones que corrían como valederas en mis circunstancias me eran conocidas por mis condiscípulos de Berlín que siempre me repetían: "¿Qué tienen que ver esas negaciones teológicas con tu fe? ¿No es ésta, por su naturaleza, completamente independiente de toda ciencia?" En la situación espiritual descrita, vino a visitarme desde Berlín un compañero de estudios, natural del sur de Alemania. A fuer de buen médico notó inmediatamente el cambio que había tenido lugar en mí y quiso saber las razones. Naturalmente no me era a mí fácil revelarle a un católico, como él era, mi completa bancarrota religiosa. Me quejé sin embargo de haber *tratado inútilmente de encontrar la verdad en todas las direcciones del Protestantismo*. El me propuso decididamente la cuestión: "Has leído acaso en tu vida algún manual sobre la Religión Católica?" —No, esto jamás lo había hecho; más: ni en sueños me hubiera ocurrido un tal pensamiento. El concepto que del Catolicismo tienen comúnmente los protestantes, se encuentra lastimosamente confundido con el prejuicio de la decadencia. Sin embargo, comprendí al punto lo irracional y anticientífico de aquel excluir de antemano una Religión a la que debemos un Miguel Angel, Rafael, Mozart, Haydn, Beethoven, Eichendorff, Bruckner, Parteur y otros tales. Consiguientemente no tardé en reaccionar preguntándole a mi vez qué libro me recomendaba él. Me indicó la "Simbólica" de Adam Moehlers y prometió a su vuelta enviarme desde Berlín dicha obra. Me adentré en este libro clásico con un hambre rabiosa de verdad.

No se ha de entender con todo que dicha "Simbólica" me transformase repentinamente en un católico. En todo caso la brecha quedaba abierta, y otros libros católicos lograron pronto mi acojida. En su elección me prestó especiales servicios la revista fundada en 1899 por el Prof. Dr. Einig, en Tréveris, destinada a la ciencia y vida eclesiástica. Gracias a su ayuda me familiaricé rápidamente con la literatura católica que anteriormente había sido para mí una tierra inexplorada. Lo que en todas estas obras me sorprendía era su maravillosa conformidad y el fundamento incontrastablemente firme sobre el que todas, y de la misma manera se afianzaban. Después del desbocado subjetivismo de las últimas publicaciones protestantes; después de la completa anarquía de los sistemas filosóficos modernos, estas obras católicas lograron hacerme recobrar de nuevo algo de la paz que en otros tiempos había gozado y perdí después en Berlín.

Por el momento, sin embargo, quedaban muchas dificultades que superar. Una relativamente pequeña consistía en la necesidad, imperativa como una segunda naturaleza, de conversar periódicamente con católicos intelectuales. Para su satisfacción me faltaba toda posibilidad en mi ambiente exclusivamente evangélico. Una sola vez asistí con la mayor reserva, en Brunswick, una de las poblaciones en que se desarrolló mi actividad, a la primera Misa en una iglesia católica; inmediatamente fui denunciado a mis superiores, los cuales me manifestaron una enorme extrañeza por este inconcebible paso! Esta necesidad se hizo incomparablemente mayor, con las ya mencionadas conversaciones escolares. Estas estaban dedicadas, en primer lugar a preguntas sobre concepciones diversas del mundo. Con esto se deja adivinar la multitud de aprietos en que me metieron. La tirantez

espiritual creció al fin de manera que llegó a causarme insomnios, y una antigua dolencia de la garganta se empeoró de manera que, a veces, quedaba casi sin habla y sólo con mucho trabajo podía dar mis clases. Que sin medidas especialmente enérgicas no podría salir de esta dificultad, se me fué haciendo cada vez más claro. Pero ¿cuáles tomar, En esta ocasión llegó a mis manos, como un mensajero del cielo, una carta del Pastor próximo Dr. Weser, quien me preguntaba si tendría a bien encargarme por largo tiempo, como sustituto, de la dirección de la escuela alemana en El Cairo. Era precisamente lo que yo necesitaba; acepté inmediatamente, después de haber logrado la licencia de mis superiores, y pude sorprender a todo el círculo de mis amistades con la nueva de mi traslado a Egipto.

En El Cairo trabé inmediatamente relaciones con una serie de religiosos católicos eminentes. Me sentía particularmente atraído hacia los hijos de S. Francisco, el santo a quien hacía largo tiempo profesaba especial veneración. Ellos habían de representar un papel principalísimo en todo el resto de mi vida. También en Palestina, donde pasé largas temporadas durante las vacaciones por razón de mis estudios, consignados en mi obra: "En la tierra de la Biblia" (Berlín 1922), adquirí duradera amistad con franciscanos distinguidos y con su trato me sentía inundado de una alegría religiosa raras veces sentida. Mi transformación religiosa tocaba su fin; yo tenía el sentimiento de que ya sólo faltaba el hombre extraordinario, que se dignase tomar en sus manos mi destino y encaminarme al término deseado.

Este hombre se presentó exactamente en el momento oportuno y de una manera casi fabulosa. De vuelta a Europa, en un espléndido día de Abril de 1899, me encontraba en el puerto de Alejandría junto al pretil del vapor "Semiramis", cuando distinguí, entre los que subían por la escala, un franciscano de blancos cabellos, el cual me produjo una honda impresión que ni yo mismo sabría declarar, "Ahí está él, el que tú esperabas"! Tal fué el pensamiento que con toda claridad brilló en mi interior. Como el padre, designado en la lista de pasajeros solamente con el título "Padre Bernardo de Roma", ocupó, desde la primera comida, el puesto que le había sido señalado junto a mí; pronto entablamos cordiales relaciones. En los tres días hasta Brindis, desde donde quería él tomar el tren para Roma, traté exclusivamente con este hombre sabio que acababa de recorrer en calidad de visitador los conventos franciscanos de Egipto y Palestina. A todos estos títulos se añadió el año siguiente su nombramiento para Obispo de Nepi y Sutri, junto a Roma. Cuando hacia media noche se despidió de mí en la estación de Brindis, me entregó en la oscuridad su carta de visita y me rogó le hiciese pronto alguna en Roma. Yo continué mi navegación hasta Venecia, con el designio de permanecer algunas semanas en el norte de Italia, para acostumbrarme de nuevo al clima europeo. Un abril extraordinariamente frío me obligó, después de algunos días, a retroceder hacia Florencia. Ya que me ví, contra mi voluntad, tan cerca de Roma, opté por continuar mi viaje hacia el sur durante cinco horas de rápido, para entrevistarme de nuevo con el P. Bernardo y revelararle mi situación religiosa de la que, durante nuestro viaje, no habíamos hablado una sola palabra.

Se me había extraviado, de manera inexplicable, la carta de visita y en consecuencia, ni tan siquiera sabía el nombre del Padre. Después de una accidentada búsqueda que duró varios días, le encontré al fin bajo el nombre de P. Bernhard Doebbing, natural de Münster en Westfalia, en el convento de franciscanos irlandeses de S. Isidoro del monte Pincio. Grande fué su alegría, pero fué mayor su sorpresa cuando supo que yo era protestante. Después de una hora de conversación, compendió su juicio sobre mí en las siguientes palabras: "Si todo esto es su firme persuasión, V. es católico, y debe por lo tanto vivir como tal. Sin embargo, trató de diferir mi paso a la Iglesia católica todo lo posible; lo que quiero subrayar porque, en partidarios de otras religiones, la idea corriente es que ninguna prisa puede ser exagerada, cuando se trata de asegurar semejantes conquistas. Me aproveché aún durante cuatro meses de sus sabias instrucciones hasta que el 29 de Julio de 1899, en a capillita de la casa de convertidos y en presencia solamente del P. Doebbing, de su amigo el Arzobispo Costantini, y del director de la casa, Mons. Onesti, emití mi profesión de fe y recibí la primera santa Comunión.

A continuación y aceptando la invitación de los franciscanos irlandeses, con quienes pronto me ví unido en estrecha amistad, me trasladé a S. Isidro, donde presté servicios de organista, medio que me sirvió para penetrar más rápidamente

te que de otra manera lo hubiera logrado, en la maravillosa belleza de la Liturgia católica. Allí permanecí voluntariamente en estrecha clausura, sin salir de los términos del convento ni una sola vez durante cuatro semanas. Ni siquiera cartas escribía. Después de la excitación de los últimos meses y años, solamente deseaba disfrutar de los bienes con tanta dificultad logrados. ¡Cuán frecuentemente ya desde antiguo ohabía echado de menos la ocasión de confesarme privadamente! El mismo Goethe enumera la *confesión* entre las cosas "que no se nos debieran haber suprimido". Lutero la llama en sus últimos tiempos "una institución excelente, costosa y consoladora". Ahora me era dado gozar de la confesión cuantas veces quisiese. También me resultaba sumamente alentadora la posibilidad de la *Comunión* frecuente y aun diaria, que es una de las mayores ventajas del Catolicismo. Me fué de sumo provecho el amigable trato con los padres de S. Isidoro, jóvenes en su mayoría, que me ayudó a penetrar rápida y profundamente en la vida católica; pues tenía perfectamente entendido ya entonces que el acto de la conversión era nada más que el primer paso, tras el cual tenía que venir la labor principal de sintonización con la vida católica.

Mientras, apartado del mundo, vivía en S. Isidoro entregado por completo a la vida interior, en la lejana patria los periódicos estaban por mi causa en nerviosa agitación. Uno de aquellos informadores que oyen hasta el crecer de la yerba había olfateado mi sagrado secreto; y sin decirme una palabra, lo había entregado a la publicidad berlinesa, desfigurándolo. Llegué a conocimiento de todo por las innumerables cartas que recibí, de amigos, conocidos y discípulos. Es terrible la poca comprensión que se encuentra para todo lo católico entre los protestantes, aun los más benévolos; de los enemigos de toda religión positiva no hay que hablar. La causa principal de semejante fenómeno la constituye su absoluto desconocimiento de todo lo católico. Yo respondía pacientemente a todos los escritos que me iban llegando, algunos de los cuales venían empapados de honrado y conmovedor sentimiento. De las tres especies usuales de convertidos: locos sin remedio ("lo es ciertamente, pues se hizo católico", decía el berlinés en el paroxismo de su excitación), ambiciosos calculadores, soñadores románticos, yo fui clasificado entre los últimos. Junto al romanticismo, un hermoso, rico capelo cardenalicio jugaba un papel no despreciable en el asunto. Que un hombre tenido hasta entonces por muy serio podía ser conducido por un trabajo científico de diez años a la Iglesia católica, y que ésta en consecuencia tenía que ser algo muy distinto de lo que ordinariamente se les decía, esto casi a ninguno le pasaba por las mientes. Más tarde sí, todos sin excepción retornaron amistosamente a mí.

Algunos de los reparos que me oponían eran tan superficiales, que no costaba el menor trabajo deshacerlos. Aquel, por ejemplo: "No se cambia de fe como de camisa". Ciertísimo que no! Solamente hombres miserables serían capaces de semejante conducta. Pero igualmente cierto es que no son precisamente los más prudentes y honorables aquellos que se aferran ciegamente a su opinión y la sostienen contra viento y marea. Por este sistema todo progreso cultural quedaría paralizado, y la Reforma misma no hubiera tenido lugar. Por lo que hace al reproche machaconamente repetido, de ruptura con la tradición familiar, me acordaba felizmente de la atinada respuesta del conde Federico Leopoldo de Stolberg. Dirigiéndole, en son de censura, Federico Guillermo III de Prusia las palabras: "Yo no puedo aguantar las personas infieles a la fe de sus padres", repuso hábilmente el convertido: "Tampoco yo, Majestad; por esta razón he vuelto a la fe de mis padres". ¡Poner la tradición familiar sobre todo otro motivo tratándose de las convicciones religiosas! El conocido historiador de la cultura, W. H. Riehl, tuvo la osadía de contestar a esta pregunta: "Por qué soy yo protestante," con esta respuesta: "Porque mis padres fueron protestantes". Es el caso de repetir lo de Confucio: "Reconocer lo justo y no practicarlo es falta de valentía".

Por rara casualidad puedo, como ciudadano, remontarme documentalmente en mi árbol genealógico hasta el año 1483, y me siento feliz al constatar que en mis prácticas religiosas he retornado al camino de mis antepasados. Ciertamente que he sufrido mucho por ser convertido, aun de parte de los católicos. Pero alabado sea Dios por todo, también por lo muchísimo que no puedo aquí recordar.

(Trad. de V. Cantera, S. J.)